

UNA SÚBITA REBELIÓN EPISTOLAR EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
Universidad de Cantabria

RESUMEN:

El artículo analiza la carta que un numeroso grupo de intelectuales y escritores españoles publicaron en noviembre de 1906, con motivo de la elección de Director de la Academia Española, puesto al que aspiraban Alejandro Pidal y Mon y Marcelino Menéndez Pelayo. Se reproduce esa carta, así como otros testimonios periodísticos de la época. El análisis de los distintos textos evidencia que más que un apoyo a Menéndez Pelayo, la carta fue un repentino y masivo acto de rebelión, por parte de la gran mayoría de los jóvenes escritores e intelectuales españoles, contra una politización de la Academia.

PALABRAS CLAVE:

Marcelino Menéndez Pelayo. Alejandro Pidal y Mon. Real Academia Española. República Literaria.

ABSTRACT:

The article analyzes the letter that a numerous group of intellectual and Spanish writers published in November, 1906, on the occasion of the Director's choice of the Spanish Academy, put to that Alejandro Pidal y Mon and Marcelino Menéndez Pelayo were aspiring. This letter is reproduced, as well as other journalistic testimonies of the epoch. The analysis of the different texts demonstrates that more than one I support Menéndez Pelayo, the letter was a sudden and massive act of revolt, on the part of the great majority of the young writers and intellectual Spanish, against a politicization of the Academy.

KEY WORDS:

Marcelino Menéndez Pelayo. Alejandro Pidal y Mon. Royal Spanish Academy. Literary Republic.

Nos dirigimos al hombre de claro talento y de probada experiencia de la vida pública, a D. Alejandro Pidal, que ha ocupado los más altos cargos, mereciéndolos. El que fue ministro cuando quiso, presidió el Congreso de los diputados y adquirió una significación política justificando siempre su fama de elocuente, tiene el deber de no ignorar su tiempo y de admirar a los pocos hombres que están por encima de toda discusión y de toda concurrencia. Esta vez se trata de D. Marcelino Menéndez Pelayo.

El nombre de D. Alejandro Pidal está hoy frente al nombre de Menéndez Pelayo. Los que firmamos este respetuoso ruego nos atrevemos a esperar que la opinión de todos los escritores españoles desvanecerá cualquiera otra opinión menos desapasionada y pondrá en la debida altura la personalidad indiscutible de Menéndez Pelayo.

La renuncia de su candidatura a la presidencia de la Academia—que es, en suma, lo que de usted solicitamos—sería un rasgo de abnegación que avalaría su respeto a la cultura nacional. Sería un triunfo para don Marcelino Menéndez Pelayo y también un triunfo para D. Alejandro Pidal.

Esta carta apareció un 22 de noviembre de 1906 en *El Imparcial* y *El País*. Seguían a continuación ciento cuarenta y tres firmas. Entre ellas, nombres semidesconocidos y olvidados, pero también muchos que iban a ser protagonistas de la vida literaria y cultural de la España que acababa de iniciar el Siglo XX: Francisco Acebal, Álvaro de Albornoz, Joaquín Álvarez Quintero, Serafín Álvarez Quintero, Carlos Arniches, Manuel Azaña, Azorín, Augusto Barcia, Pío Baroja, Ricardo Baroja, Luis Bello, Adolfo Bonilla y San Martín, Manuel Bueno, Julio Camba, Rafael Cansinos Assens, Cristóbal de Castro, Emilio Carrère, Mariano de Cavia, Enrique Díaz Canedo, Joaquín Dicenta, Carlos Fernández Shaw, Andrés González Blanco, Edmundo González Blanco, Pedro González Blanco, Jacinto Grau, José María Llanas Aguilianedo, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Gregorio Martínez Sierra, Pedro Mata, Enrique de Mesa, Gabriel Miró, Luis Morote, Ramón Pérez de Ayala, Pedro de Répide, José Ruiz Castillo, José María Salaverría, Rafael Salillas, José Santos Chocano, Felipe Trigo, Francisco Villaespesa, Eduardo Zamacois, Antonio Zozaya.

Se trataba de un documento curioso: por la fecha en la que estaba publicado, por la forma en la que estaba escrito, por las firmas que venían al pie.

Llama la atención, en primer lugar la fecha de publicación: el 22 de noviembre, el mismo día que se iba a celebrar la elección para Director. No era una noticia nueva, sin embargo. Desde hacía días corría el rumor de que se estaban reuniendo firmas en contra de la candidatura de Pidal. *La Época*, el diario conservador que apoyó incansablemente a Pidal durante el tiempo en el que se mantuvo el escándalo por la elección (que fue bastante), ya el día 14 del mismo mes alegaba que para la dirección de las academias habrían de ser elegidos candidatos que tuvieran «posición social, jerarquía política y respetabilidad». El día 21, *El País*, diario republicano, afirmaba que «andan algunos jóvenes escritores recogiendo firmas por el Ateneo, las redacciones de periódicos, los saloncillos de teatros y las tertulias literarias con el objeto de suscribir un mensaje a don Alejandro Pidal pidiéndole con muchísimo respeto y algunas concesiones lisonjeras que renuncie a la mano de doña Leonor o sea a la presidencia de la Academia Española».

Mas este mensaje tardó en ser conocido por el público; se publicó, como antes se ha dicho, el mismo día de la elección. Parece una fecha muy tardía si se tenía la

intención de crear una corriente en la opinión pública (y publicada) de apoyo a la candidatura de Menéndez Pelayo.

Por otra parte, no se trataba de una carta de apoyo sin más. No se sacaban a relucir los méritos que para el cargo tenía el polígrafo cántabro. No se solicitaba el voto de los académicos para Menéndez Pelayo. No se daba un apoyo a una candidatura. Se pedía a Pidal que renunciara a ser candidato.

Y la redacción del texto tenía su intrínquilis. Se le decía claramente a Pidal que no tenía talla para competir con Menéndez Pelayo. Si al principio de la carta se indicaba que Pidal merecía los cargos que había ostentado, se añadía después, con cierta malignidad que fue ministro «cuando quiso». Y ahora, quería ser Director de la Academia. Y no daba la talla: «El nombre de D. Alejandro Pidal está hoy frente al nombre de Menéndez Pelayo. Los que firmamos este respetuoso ruego nos atrevemos a esperar que la opinión de todos los escritores españoles desvanecerá cualquiera otra opinión menos desapasionada y pondrá en la debida altura la personalidad indiscutible de Menéndez Pelayo». Si renunciaba a la Dirección de la Academia, demostraría, según los firmantes, su «respeto a la cultura nacional». Por lo que perseverar en su empeño de ser Director equivalía, lógicamente, a una falta de respeto hacia esa misma cultura. En resumen que Alejandro Pidal se había metido en un empeño que le venía grande, aspiraba a quedar por encima de alguien que se encontraba, en la vida intelectual muy por encima del político asturiano, y su pretensión era una falta de respeto a la cultura nacional.

Desde luego no era una carta muy conciliadora, ni parecía probable que los firmantes esperasen que Pidal la leyese con espíritu ecuánime y sereno y dispuesto a considerar la petición.

Llama además la atención el hecho de que la votación se daba por ganada de antemano por Pidal, para los firmantes de la carta. De nada serviría escribir a los académicos, ni exponer los méritos del otro candidato, de Menéndez Pelayo. La única forma de conseguir que el santanderino llegase a Director de la Academia, era que el asturiano renunciase a serlo. La votación era una farsa y estaba arreglada de antemano, se desprende de la carta. *El País*, el 21 de noviembre, lo enunciaba con crudeza en su titular principal del día: «Caciquismo hasta en la Academia». De una forma indirecta confirma este hecho *La Época*, que en plena defensa de Pidal, el 26 de noviembre, no tenía inconveniente en decir que el Conde de Cheste había dejado en herencia la dirección de la Academia a Alejandro Pidal, pues había dispuesto que a su muerte se le entregara al asturiano el «esmaltado cordón de oro de director que él uso toda su vida de presidente, y que dejó encargado al morir se entregase de su parte al señor Pidal, en quien contaba depositaría por elección, su sucesión en la Real Academia Española».

Nada nuevo había en todo esto. La presidencia de la Academia era una distinción que se transmitía, como otras muchas cosas en la España decimonónica, entre una minoría, en este caso enormemente minoritaria: aristócratas que hubieran desempeñado cargos políticos y que, sin ir más lejos en el caso de Alejandro Pidal, al menos hubieran publicado algún libro. Como afirmaba exultante *La Época*, al dar noticia de la designación de Pidal, la Academia «ha continuado sus tradiciones de elegir siempre para la dirección una gran figura, de influencia en la vida social y de los necesarios merecimientos literarios al mismo tiempo. Como prueba de ello puede decirse que, de los 14 directores que la Academia ha tenido, 12 han sido, como el Sr. Pidal, caballeros del Toisón».

Pero los ciento cuarenta y tres firmantes de la carta de *El Imparcial*¹, sin duda, no estaban de acuerdo con esa costumbre, ni con ese modelo de Academia. Muchos

¹ La lista de firmantes, por orden alfabético, es la siguiente: Francisco Acebal, Alberto Aguilera y Arjona, F. Alcántara, Alvaro de Albornoz, «Alejandro Miquis», José Alius, Melchor Almagro, «Ángel Guerra», José Alsina, Arturo Álvarez, Joaquín Álvarez Quintero, Serafín Álvarez Quintero, Francisco Antón, M. Aranaz Castellano, Baldomero Argente, Carlos Arniches, Joaquín Arimón, Manuel Azaña, Azorín, Jaime Balmes, Augusto Barcia, Pío Baroja, Ricardo Baroja, Luis Barreda, E. Barriobero Herrán, Luis Bello, Adolfo Bonilla y San Martín, Manuel Bueno, Juan José Cadenas, Francisco Camba, Julio Camba, Bernardo G. de Cándamo, Rafael Cansinos Assens, Manuel Carretero, Cristóbal de Castro, Roberto Castrovido, Ricardo J. Catarineu, Emilio Carrère, Ángel María Castell, Mariano de Cavia, Ángel R. Chaves, Jesús Coronas, Antonio Cortón, Joaquín Creagh, José Cuartero, Carlos Luis de Cuenca, M. Delgado Barreto, Enrique Díez Canedo, C. Díaz Valero, Joaquín Dicenta, Ángel Guerra, José María Escuder, Nilo Fabra, «Federico Urales», Carlos Fernández Shaw, Francisco Flores García, Antonio Flores de Lemus, J. Francos Rodríguez, Ricardo Fuente, Luis Gabaldón, Rafael Ginard de la Rosa, Salvador González Anaya, Andrés González Blanco, Edmundo González Blanco, Pedro González Blanco, Francisco Grandmontagne, Jacinto Grau, Manuel María Guerra y Oliván, Francisco Iribarne, J. Lara y Mesa, José de Laserna, José María Llanas Aguilanedo, José de la Loma, Jesús López Barbadillo, Santiago López Muguero, Sixto Pérez Rojas, J. López Pinillos, Mauricio López Roberts, Félix Lorenzo, Antonio Machado, Eduardo Marquina, M. Martín Fernández, J. Martínez Albacete, G. Martínez Sierra, Pedro Mata, José María Matheu, Fidel Melgares, Félix Méndez, Enrique de Mesa, Carlos Miranda, Gabriel Miró, Juan José Morato, Luis Morote, Eduardo Muñoz, Alfredo Murga, José Nogales, Federico Oliver, J. Ortiz de Pinedo, Antonio Palomero, J. Palomo Anaya, Luis París, Guillermo Pedregal, Julio Pellicer, Dionisio Pérez, Ramón Pérez de Ayala, Felipe Pérez y González, A. Ramírez Tomé, Ricardo Redondo, Federico Reparaz, Pedro de Répide, Carlos del Río, Enrique Rivas, Leandro Rivera, José Rocamora, Miguel A. Ródenas, Eduardo Rosón, José de Roure, Adolfo Rubio, José Ruiz Castillo, J. M. Salaverría, Rafael Salillas, J. Salmerón García, Ignacio Santillán, R. Sánchez Díaz, Antonio Sánchez Ramón, José Sánchez Rojas, Vicente Sanchís, José Santos Chocano, Fernando Soldevilla, Rodrigo Soriano, José Subirá, Felipe Trigo, Enrique Trompeta, Manuel Troyano, M. de la Vega, Alfredo Vicenti, Fabián Vidal, F. Villanueva Oñate, Augusto Vivero, Antonio Viergol, Francisco Villaespesa, Práxedes Zancada, Eduardo Zamacois y Antonio Zozaya.

de ellos, sin duda hubieran suscrito el ácido comentario de Cristóbal de Castro, un año después, el 3 de diciembre de 1907, en *El Heraldo de Madrid*, al contraponer irónicamente los méritos de uno y otro candidato:

¿Haber dado a la estampa [se refiere a Menéndez Pelayo] más de cuarenta tomos llenos de ciencia, amenidad y erudición? ¿Y qué? Eso es, ¿y qué? ¡En cambio va por ahí, por esas calles, a pie y con una capa, como cualquier hijo de vecino! ¡Si lo para el primero a quien se le antoja pararle, y habla con todo el mundo, y entra en los cafés, y hasta, si se presenta, toma el tranvía! ¿Me quiere usted decir qué ciencia va a tener un hombre que va en tranvía, como un estudiantino de mala muerte!

En cambio, ahí tiene usted al Sr. Pidal, que apenas sale de su casa; que cuando sale, sale siempre en coche; que siempre va muy serio, con sus barbas de apóstol y su absoluto silencio de hombre sabio; que no pisó un café jamás y quo no sabría nada da los tranvías, a no ser porque cobra como consejero. ¡Eso es ser académico y estadista!

Los jóvenes que formaban la carta encontraban mucho más cercano y accesible a Menéndez Pelayo que a Pidal. Y en efecto eran jóvenes. Treinta y seis de ellos aún no habían cumplido los treinta años². Y cuarenta y siete andaban entre los treinta y los cuarenta³. Ya más maduros, entre los cuarenta y los cincuenta, se encontraban

² Alvaro de Albornoz (1879-1954), Melchor Almagro San Martín (1882-1947), José Alsina Canals (1884-¿), Joaquín Álvarez Quintero (1877-1944), Francisco Antón Casaseca (1880-1970), Manuel Azaña (1880-1940), Augusto Barcia (1881-1961), Francisco Camba (1884-1947), Julio Camba (1882-1962), Bernardo G. de Cándamo (1881-1967), Rafael Cansinos Assens (1882-1964), Emilio Carrère (1881-1947), Manuel Delgado Barreto (1879-1936), Enrique Díez Canedo (1879-1944), «Fabian Vidal» (Enrique Fajardo Fernández, 1883-1948), Nilo Fabra (1882-1923), Salvador González Anaya (1879-1955), Andrés González Blanco (1886-1924), Edmundo González Blanco (1877-1938), Pedro González Blanco (1879-1961), Félix Lorenzo («Heliófilo», 1879-1933), Eduardo Marquina (1879-1946), José Martínez Albacete (1881-1907), Gregorio Martínez Sierra (1881-1947), Enrique de Mesa (1878-1929), Gabriel Miró (1879-1930), Ortiz de Pinedo (1880-1959), Guillermo Pedregal (1879-1913), Ramón Pérez de Ayala (1880-1962), Pedro de Répide (1882-1948), Adolfo Rubio (1880-1940), José Sánchez Rojas (1885-1931), José Subirá (1882-1980), Augusto Vivero (1882-1939), Francisco Villaespesa (1877-1936), Práxedes Zancada Ruata (1881-1936)

³ Francisco Acebal (1866-1933), Alberto Aguilera y Arjona (1875-1936), «Alejandro Miquis» (Anastasio González y Fernández; 1870-1940), Serafín Álvarez Quintero (1871-1938), «Ángel Guerra» (José Betancort Cabrera, 1874-1950), Manuel Aranaz Castellanos (1875-1925), Baldomero Argente (1875-1965), Carlos Arniches (1866-1943), Azorín (1873-1967), Jaime Balmes, Pío Baroja (1872-1956), Ricardo Baroja (1871-1953), Luis Barreda (1874-1938), Eduardo Barriobero Herrán (1875-1939), Luis Bello (1872-1935), Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926), Manuel Bueno (1874-1936), Juan José Cadenas (1872-1947), Cristóbal de Castro (1874-1953), Ricardo J. Catarineu (1868-1915), José Cuartero (1869-1946), Antonio Flores de Lemus (1876-1941), Luis Gabaldón (1869-1939), Francisco Grandmontagne (1866-1936), Jacinto Grau (1877-1958), José María Llanas

dieciocho firmantes⁴. Y los más veteranos eran Mariano de Cavia y José de Laserna (cincuenta y un años), Antonio Cortón, Felipe Pérez y González, Rafael Salillas y Fernando Soldevilla (cincuenta y dos), Rafal Ginard de la Rosa y Alfredo Vicenti (cincuenta y seis), Carlos Luis de Cuenca y Ángel R. Chaves (cincuenta y siete), José María Matheu (cincuenta y nueve), Francisco Flores García (sesenta) y el más veterano de todos, el periodista de *El Imparcial*, Manuel Troyano (sesenta y tres años)⁵.

Más de la mitad, por lo tanto, de los firmantes de la carta tenían menos de cuarenta años. Una suerte de manifiesto generacional que solicitaba, de hecho, la independencia de la Academia del poder político. La República Literaria se alzaba, unida, contra la costumbre de la que se ufanaba *La Época*: el presidente de la Academia debía ser un político con título nobiliario y llegar a su sitial, toisón de oro en ristre. Cuatro Marqueses de Villena (y Duques de Escalona), dos Marqueses de Santa Cruz, un Duque de Alba, un Duque de San Carlos, que habían sido todos directores de la Academia, daban fe de ello. Pero los tiempos habían cambiado desde que un Duque de Rivas podía compaginar los méritos de aristócrata, político y escritor de primera línea. Ni su sucesor, Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, podía igualar los méritos literarios del autor de *Don Álvaro*, ni mucho menos, el

Aguilanedo (1875-1921), Joaquín López Barbadillo (1874-1922), José López Pinillos («Puck» / «Parmeno», 1875-1922), Mauricio López Roberts (1873-1940), Antonio Machado (1875-1939), Pedro Mata (1875-1946), Carlos Miranda (1868-1918), Federico Oliver Crespo (1873-1957), José Antonio Palomero (1869-1914), José Palomo Anaya (1873-1910), Luis París (1871-1936), Julio Pellicer (1872-1937), Dionisio Pérez Gutiérrez («Post-Thebusemm», 1873-1939), Sixto Pérez Rojas (1867-1935), Federico Reparaz (1869-1924), José Rocamora (1874-1936), José Ruiz Castillo (1875-1945), José María M. Salaverría (1873-1940), Ramón Sánchez Díaz (1869-1960), José Santos Chocano (1875-1934), Rodrigo Soriano (1868-1944), Antonio Viergol (1872-1935), Eduardo Zamacois (1873-1971)

⁴ Joaquín Arimón (1856-1917) Roberto Castrovido (1864-1941), Ángel María Castell (1865-1938), Joaquín Dicenta (1862-1917), José María Escuder, «Federico Urales» (Juan Montseny, 1864-1942), Carlos Fernández Shaw (1865-1911), José Francos Rodríguez (1862-1931), Francisco Iribarne (1856-1903), José de la Loma («Don Modesto», 1860-1916), Mariano Martín Fernández (1865-1940), Fidel Melgares (1864-1946), Juan José Morato (1864-1938), Luis Morote (1862-1913), Eduardo Muñoz (1863-1915), José Nogales (1860-1908), José de Roure (1864-1909), Felipe Trigo (1864-1916), Antonio Zozaya (1859-1943).

⁵ No he podido establecer con certeza los datos de veintiocho firmantes: F. Alcántara, José Alius Ruiz, Arturo Álvarez, Jaime Balmes, Manuel Carretero, Jesús Coronas, Joaquín Creagh, C. Díaz Valero, Ricardo Fuente (¿-1925), Manuel María Guerra y Oliván, J. Lara y Mesa, Santiago López Muguero, Félix Méndez, Alfredo Murga, A. Ramírez Tomé (¿-1938), Ricardo Redondo, Carlos del Río, Enrique Rivas Beltrán (¿-1958), Leandro Rivera, Miguel A. Ródenas, Eduardo Rosón (¿-1923), José Salmerón García, Ignacio Santillán, Antonio Sánchez Ramón, Vicente Sanchís, Enrique Trompeta (¿-1915), M. de la Vega, y Francisco Villanueva Oñate.

siguiente director, el muy longevo Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, por más que Esquivel le incluyese (como a Saavedra y a Roca de Togores) entre los poetas que escuchaban la lectura de los versos de Zorrilla.

Pero ni siquiera Esquivel hubiera incluido, entre esa multitud de escritores que se agolpaban alrededor del autor de *Don Juan Tenorio*, a Alejandro Pidal y Mon, que apenas era autor de un libro sobre Santo Tomás. Con su candidatura la rendición de la Academia de la Lengua a la política se hacía aún más evidente. Por ello desde la muerte del Conde de Cheste⁶, y ante la evidencia de la candidatura de Pidal, plasmada en gestos como la entrega al asturiano del cordón de oro de director, ni más ni menos que el nombramiento de un sucesor por línea cuasi monárquica, la República Literaria estaba agitada y turbulenta.

Y esa República nada esperaba de los académicos que, sobre el papel, iban a tener la capacidad de elegir al nuevo director. Los nombres respetables, para esa República Literaria, eran muy pocos: Benito Pérez Galdós, José Echegaray, Jacinto Octavio Picón, José Ortega Munilla⁷.

De los treinta y siete sillones académicos que existían en 1906, seis estaban vacantes por la muerte de sus propietarios: Juan Valera, Francisco Silvela y Raimundo Fernández Villaverde, en 1905, y Manuel del Palacio, José María de Pereda y el propio Conde de Cheste en 1906. Además no habían tomado posesión de sus sillones Antonio Fernández Grilo, Segismundo Moret y Pendregast, Ángel María Dacarrete y Federico Balart.

Quedaban por tanto veintisiete académicos que participarían en la elección. Por orden de edad: Eduardo Benot (1822-1907), Enrique Ramírez de Saavedra y de Cueto, Duque de Rivas, (1828-1914), Eduardo Saavedra, (1829-1912), Emilio Alcalá Galiano, Conde de Casa Valencia (1831-1914), José Echegaray (1832-1916), Francisco Fernández y González (1833-1917), Juan José Herranz y Gonzalo, Conde de Reparaz (1839-1912), Padre Miguel Mir (1841-1912), Luis Pidal y Mon, Marqués de Pidal (1842-1913), Santiago de Liniers, Conde de Liniers (1842-1908), Eugenio Sellés y Ángel, Marqués de Gerona (1842-1926), Mariano Catalina (1842-1913), Benito Pérez Galdós (1843-1920), Daniel de Cortázar y Larrubia (1844-1927), Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), Francisco Commelerán (1848-1919), Emilio Ferrari (1850-1907), Eduardo de Hinojosa (1852-1919), Jacinto Octavio Picón (1852-1923), Antonio Maura y Montaner (1853-1925), José Ortega Munilla (1856-1922), Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), Emilio Cotarelo y Mori

⁶ El Conde de Cheste murió el 3 de noviembre. La votación para elegir Director interino, en la que Pidal se impuso por primera vez a Menéndez Pelayo, se celebró el 22 de ese mismo mes.

⁷ Véase el artículo publicado el 25 de noviembre de 1906 en *La Correspondencia de España* que se reproduce más abajo.

(1857-1936), Juan Antonio Cavestany (1861-1924), Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza (1862-1933), y el más joven de todos, Ramón Menéndez Pidal (1869-1968).

Un duque, cuatro condes y dos marqueses. De los veintisiete académicos quince habían superado los sesenta años. El abismo generacional era evidente. Como era evidente la presencia de académicos relacionados con el partido conservador. Ministros como Alejandro Pidal, y su hermano, el Marqués de Pidal, o Antonio Maura (que sería además el Director de la Academia que sucedería a Alejandro Pidal).

Por parte de *La Época* se intentó, desde un primer momento, analizar la situación como un ataque político a Pidal, más que una defensa de la Academia. Era, según el periódico católico, una «conjuración de librepensadores y sectarios»⁸ contra el político asturiano. Y no cabe duda de que muchos de los firmantes podían situarse en ese momento en la izquierda política. Políticos que serían importantes en la Segunda República, como Manuel Azaña, Álvaro de Albornoz y Augusto Barcia, periodistas en la órbita de *El Imparcial* y *El Liberal*, como Manuel Delgado Barreto, Manuel Troyano, Francisco Villanueva Oñate, Joaquín Arimón y otros muchos. Anarquistas notorios como «Federico Urales», por entonces director de la *Revista Blanca*. Activista republicanos como Rodrigo Soriano, compañero de destierro de Miguel de Unamuno en Fuerteventura y que en ese mismo año de 1906, se había batido en duelo con el General Primo de Rivera, además de desafiar a los Generales Weyler y Linares por sus ataques a los republicanos en el senado.

Pero no deja de ser cierto, igualmente, que, ideológicamente, Menéndez Pelayo representaba lo mismo que Alejandro Pidal. *El Siglo Futuro*, periódico carlista que desde la publicación de los *Heterodoxos*, había estado atacando sin desmayo al santanderino, recordaba, el 23 de noviembre de 1906, la siguiente anécdota:

Recuerdo una tarde en que Menéndez y Pelayo comía en casa de Nocedal, hijo, con Nocedal padre, Fernández de Velasco, Menéndez de Luarca, D. Juan Lapaza y otros amigos que le argüían con textos de sus *Heterodoxos*, para que, si no se declaraba tradicionalista, cuando menos no se hundiese en la conservaduría liberal, y replicó el insigne montañés:

⁸ Tomo estos términos de la carta que Marcelino Menéndez Pelayo dirige a su hermano Enrique, el 4 de diciembre de 1906: «De las cosas de la Academia nada te digo, pues hemos de vernos pronto. Han quedado en ridículo el nuevo Director y sus amigos, y no hay persona sensata que les dé la razón, aunque recurran para defenderse al tonto recurso de que todo ha sido una conjuración de los *librepensadores* y *sectarios* contra Pidal» (Epistolario, Vol. 18, Carta 1011) [Subrayado por Menéndez Pelayo en el original]

—En política iré adonde vaya Pidal.

Que fue cuando D. Cándido Nocedal lamentó que en Menéndez y Pelayo no correspondiese el pobrísimo carácter al colosal entendimiento.

Y con Pidal fue siempre, sin separarse nunca, hasta el sillón presidencial de la Academia en que no cabían juntos.

Cuando no se habían apagado los ecos del escándalo que recorrió toda España, Manuel Delgado Barreto, publicaba, en *La Correspondencia de España* del 25 de noviembre, tres días después de la elección, otra carta. Ésta era una carta abierta, dirigida a Marcelino Menéndez Pelayo.

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Insigne maestro: por noble, espontáneo y, generoso impulso a favor de las letras patrias, más de ciento sesenta escritores, representantes de todas las tendencias y géneros literarios, suscribieron una respetuosa patria dirigida al Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal suplicándole que retirara su candidatura a la presidencia de la Academia Española.

Sin efectismos, lisa y llanamente, poniendo en las palabras y en el concepto toda aquella alta consideración que merece la persona del ilustre político, le pedíamos un acto de justicia, generosa para él, trascendental para la Academia, invocando, en apoyo de nuestras pretensiones, una sola razón, un argumento irrefutable: el nombre glorioso de Marcelino Menéndez y Pelayo.

El Sr. Pidal, por motivos que sin duda nos dará a conocer en cumplida contestación a nuestro mensaje, estimó impropio el ruego formulado y es hoy Director de la Academia. No censuramos al elegido ni a los electores. Respetuosos con el derecho ajeno, nos limitamos a ejercer el nuestro, de igual manera legítimo e innegable.

La Real Academia ha elegido su presidente. Nosotros, desde hoy, no acatamos la autoridad literaria de la Real Academia.

¿Por qué? Se ha dicho muchas veces, se repite ahora en la Prensa y en los comentarios callejeros. A la Corporación encargada de velar por la pureza del idioma, ha llegado ya, francamente, resueltamente, pernicioso y amenador, el influjo político. Y como la política desatinada de todos, la política nacional, ha dejado a España sin colonias, sin dinero, sin producción, sin prestigio y sin cultura, nadie nos tachará de intransigentes si pedimos y procuramos que no acabe también con el idioma.

Se necesita una gran autoridad, sabia e indiscutible, que lo conserve y lo enriquezca. Esa labor no es labor de políticos. Por eso, los que recogemos en el libro y en el periódico todas aquellas manifestaciones de la vida nacional que pueden servir de enlace entre el pasado y el porvenir de la raza española, recurrimos a usted en súplica de asentimiento para la obra de cultura que intentamos realizar.

No existe de hecho en España una Academia de la Lengua, y es indispensable crearla.

La idea no es de nosotros, no es siquiera española; pero merece los honores de la adaptación. Alfonso Daudet, los Goncourt, Maupassant y Tourgueneff la concibieron, y en Francia, después de veinticinco años de lucha, existe hoy —los hermanos Rosny, Lucien Descaves, León Daudet, Huysmans y otros muchos dan fe de ello — la Academia Goncourt.

Vendrían a nuestro campo los hombres que no han llegado al sillón académico por merecimientos políticos ni por influencias extrañas al mérito literario —Galdós, Echegaray, Ortega Munilla, Picón- e irán a hacerlos compañía, formando una agrupación fuerte, garantía de saber, Blasco Ibáñez, Benavente, Cavia, Vicenti, todos los que por el voto popular forman en las avanzadas de la intelectualidad española

Esperando que nos honre con una satisfactoria respuesta, le saludan afectuosamente sus admiradores y discípulos.

No publica Delgado Barreto las firmas que acompañaban a esta carta, por lo que no podemos saber si eran las mismas, aunque queda claro en el texto que acompaña a la carta que Delgado Barreto apoya la idea de esta nueva Academia. Pero esta carta sitúa con más claridad las intenciones que subyacen detrás de la carta a Pidal que he reproducido al principio del artículo.

La República Literaria, los más jóvenes de esa República, se rebelaban contra la politización de la Academia. No contra que el presidente de la Academia fuera un católico conservador, sino que lo fuera un político puro y duro. El apoyo a Menéndez Pelayo se entendía desde el punto de vista de que era «uno de los nuestros», que su trayectoria era la de un hombre de letras, pero era un apoyo sin un auténtico compromiso, puesto que se daba por descontado el fracaso de la primera carta, fracaso necesario para poder proponer la creación de esa academia alternativa, de esa nueva academia.

¿Hasta qué punto conocía Menéndez Pelayo todo el desarrollo de los acontecimientos? Es difícil de saberlo y en el epistolario conservado del santanderino no conservamos cartas suyas que hablen de este tema. Pero sí que hay una nota de Eduardo Marquina, del diecisiete de noviembre de ese mismo 1906, por entonces redactor del periódico republicano *España Nueva* que dirigía Rodrigo Soriano, en la que solicita una entrevista a Menéndez Pelayo, para hacerle unas preguntas sobre la elección de Director de la Academia. Dado que tanto Marquina como Soriano fueron firmantes de la carta, que por entonces ya circulaba por las tertulias literarias madrileñas, parece lógico que se hablara de ello en la reunión.

Menéndez Pelayo no contestó a esta carta, ni abanderó el movimiento antiacadémico que por unos días había sacudido a la joven república literaria. Sus intereses, sus aspiraciones, no eran crear una academia alternativa ni revolucionar la lengua. Todo lo contrario, persistió en su propósito de dirigir la Academia Española, ya que

el nombramiento de Pidal era interino, y en diciembre de 1907 se abismó a un nuevo fracaso⁹. Pero no eran los mismos tiempos, la noticia no era nueva y la reelección de Pidal fue acogida con una general indiferencia. Apenas algún comentario en prensa y, en esta ocasión, ninguna carta de protesta.

La actualidad periodística de 1907 no estaba dispuesta a repetir la conmoción de noviembre de 1906: la noticia ya era vieja y no sorprendía. Y Marcelino Menéndez Pelayo vivió la confirmación del fracaso de su vida, ante una indiferencia general que acentuó, aun más, si era posible, su amargura.

«Mi alejamiento de aquella Corporación [la Academia] es absoluto y probablemente definitivo, por razones de dignidad personal cuyo origen Vd. conoce y que luego se han exacerbado con nuevos agravios. La Academia, sometida al ignorante capricho de los hombres políticos o a las malas artes de cualquier intrigante, va perdiendo a toda prisa su carácter literario. Conservo allí algunos buenos amigos, pero están en minoría insignificante, y para la mayor parte de los académicos no puede haber peor recomendación que la mía. He dejado de concurrir aun a las sesiones ordinarias». Así decía en una carta a Ramón D. Peres, del 12 de diciembre de 1911, cinco meses antes de su muerte. La herida de este fracaso no se cerró nunca.

Bibliografía

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1982-1991). *Epistolario*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 23 vols.

⁹ En esta ocasión el resultado fue de siete votos para Menéndez Pelayo y catorce para Pidal. Picón y Ortega Munilla (Cavestany votó en esta ocasión a Pidal) siguieron votando al santanderino y a sus votos se unieron los de Miguel Mir y los de tres académicos que no habían podido votar en la elección anterior: Benito Pérez Galdós, José Echegaray y Francisco Rodríguez Marín. El séptimo voto fue el del propio Menéndez Pelayo, que, rompiendo todas las etiquetas, se votó a sí mismo, lo que hizo que *El Globo* (7/12/1907) dijera que ese hecho «había contrariado a los entusiastas de Don Marcelino, pues no le suponían tan electorero».